

LA ESPIRAL, ESPACIO PARA EL PENSAMIENTO Y LAS CULTURAS DEL VALLE DEL EBRO

TEXTO ORIGINAL DE LUIS ARENAS

LA MOVILIDAD CULTURAL

Con demasiada frecuencia el hombre se olvida de su largo pasado errante. Olvida, por ejemplo, que durante la mayor parte de su existencia sobre la Tierra la vida de los humanos se desarrolló bajo una existencia nómada y vagarosa. Hace *tan sólo* 10.000 años (aproximadamente una décima parte de su existencia sobre el planeta) que el dominio de la agricultura y la cría de animales confinó a las culturas humanas a territorios más o menos precisos, a espacios más o menos limitados. Las bandas nómadas de cazadores y recolectores se hicieron sedentarias. Formaron asentamientos y aldeas; pueblos y ciudades. Surgieron los *estados*, de cuya vocación de firmeza y continuidad da testimonio su propio nombre. Pero aun entonces, el desplazamiento de personas y grupos ha sido una constante: la presión demográfica o ecológica, las guerras, la búsqueda de nuevos recursos o el simple afán de explorar otros territorios empujó a hombres y mujeres a dejar sus hábitats de origen y dirigirse a otras tierras. A migrar de un lugar a otro. A buscar otro suelo que el que les había visto nacer. Para el *homo sapiens*, permanecer ligado al lugar de nacimiento no ha sido más natural ni más frecuente que convertirse de nuevo en el nómada que fuera un lejano día.

De esa movilidad de individuos y grupos brota, entre otras cosas, la diseminación cultural. De esa perpetua errancia surge el intercambio y préstamo entre culturas; el mestizaje de ideas, técnicas y conocimientos entre las distintas sociedades que habitan el planeta. Sólo por descuido irreflexivo o por manipulación interesada cabe hablar de *pureza* cultural. Sólo el olvido o la mala fe puede llevarnos a exaltar tal o cual componente de una cultura particular como original. Mucho menos como único. De prestar oídos a los antropólogos, cabría conjeturar que la mayoría de los rasgos de las sociedades conocidas son el resultado de antiquísimos préstamos procedentes de otras culturas, deudas contraídas hace tanto tiempo que su lejano origen ha caído ya en el olvido. Habría que ir muy lejos para buscar la matriz original. Tanto, que todas las culturas, grandes y pequeñas, próximas o remotas, aparecerían en ese caso como irremediablemente plagiarias. Las culturas evolucionan, se influyen, mutan, se contagian. De tales préstamos brota la infinita riqueza con que cada una se nos ofrece, ahora sí, como *única* en su peculiar forma de integrar esas unidades de significado cultural. Es tal fusión lo que da a cada una de ellas el derecho a reclamarse singular y, por tanto, irremplazable.

Desde hace algunas décadas los científicos sociales han propuesto el nombre de *meme* para dar nombre a esas unidades mínimas de información y replicación cultural. Átomos culturales que pasan de generación en generación y de cultura a cultura, bajo el principio de la imitación. Alguna vez se ha dicho: "Un carro con ruedas radiadas no sólo lleva grano u otras mercancías de un lugar a otro; lleva la brillante idea de un carro con ruedas radiadas de una mente a otra"¹. Desde finales de los años setenta del pasado siglo se ha desarrollado una disciplina que trata de estudiar científicamente esos modelos evolutivos de transferencia de información de las que se alimenta el flujo cultural: la memética. Como los genes en relación a la herencia biológica, los memes serían las unidades básicas que transportan la información cultural. Su forma de multiplicarse es, como la de los genes: la replicación. Eso significa que la duplicación nunca será idéntica; que con cada réplica habremos asistido, en realidad, a una *mutación*. Pero significa también algo más importante: que el flujo e intercambio de información entre culturas no siempre tiene la forma de juego de suma cero; que la apropiación cultural no necesariamente ha de tener la forma del *pillaje*; que del diálogo cultural cabe obtener, ante todo, *enriquecimiento mutuo*.

La biología evolutiva nos informa que el aislamiento y la pureza biológica reducen las posibilidades de adaptación y de supervivencia de los organismos. ¿Ocurrirá lo mismo con las culturas? Quizá paradójicamente sea también la impureza lo que ayude a las culturas a sobrevivir...

1- Daniel Dennett, *La conciencia explicada*, Paidós, Barcelona, 1995, p. 217.